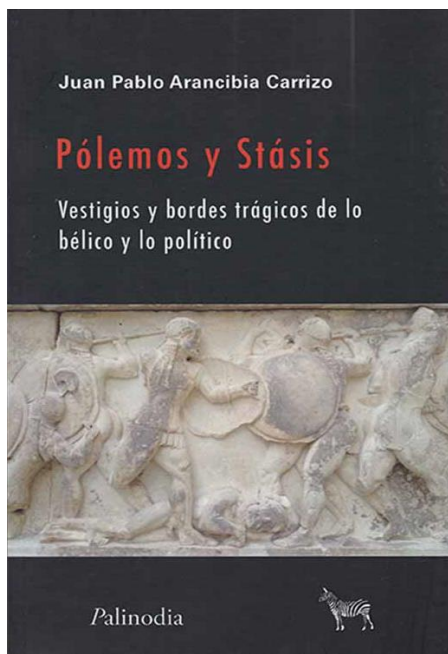


Para pensar otra política

Reseña de 'Pólemos y Stásis. Vestigios y bordes trágicos de lo bélico y lo político' de Juan Pablo Arancibia



Juan Pablo Arancibia
Pólemos y Stásis. Vestigios y bordes trágicos de lo bélico y lo político
La Cebra y Palinodia
2023
Santiago
394 páginas
ISBN: 9789878956176

Raúl Villarroel Soto¹

Universidad de Chile, Santiago, Chile

 <https://orcid.org/0000-0002-4556-3451>

rvillarr@uchile.cl

DOI: 10.5281/zenodo.10452126

La afamada helenista francesa Nicole Loraux, en sus textos *La Cité divisée* y *La guerre dans la famille*, ambos de 1997, ya nos había introducido a una redefinición topológica de la guerra civil, es decir de la *stásis*, asignándole una posición de centralidad en el contexto de las relaciones entre ciudad y familia, reexaminando el modo en que el

¹ Magíster en Bioética y Doctor en Filosofía. Es Profesor Titular y actual Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

dominio del *oikos* conurba a la realidad de la ciudad. Centrada en el texto platónico del *Menéxeno*, Loraux había advertido que la *stásis* era un conflicto propio del parentesco de sangre (*phylon*) entre los miembros de la *pólis*, de manera tal que la guerra no sería sino *oikeios pólemos*, esto es, un asunto consustancial a la familia y a las relaciones entre ellas, en la misma medida que sería inherente a la ciudad y constitutiva de la vida política.

Pues bien, un acabado estudio de semejante problema –pero que excederá con un sello muy personal los límites de la indagación de Loraux– es el que ahora nos viene a ofrecer nuestro destacadísimo amigo, el profesor Juan Pablo Arancibia. Una vez más nos sorprende con la misma solvencia intelectual, o la erudición indiscutible, a la que ya nos tiene acostumbrados y que habíamos podido constatar hace algunos años atrás cuando él publicara esa otra obra suya que llevaba por título *Tragedia y Melancolía. Idea de lo trágico en la filosofía política contemporánea* (Ediciones La Cebra, Santiago, 2016) y que al igual que ahora también nos correspondió reseñar.

Mediante un acertado y esclarecedor prólogo de Julián Gallego, reconocido académico e historiador argentino, especialista en el tema, se instalan de partida los presupuestos fundamentales sobre los que se extenderá ampliamente luego la obra de Juan Pablo Arancibia, en sus cerca de cuatrocientas páginas siguientes y los cinco capítulos que le dan forma. La reflexión del profesor Gallego prepara de la mejor manera, a mi juicio, la escena de contexto requerida para familiarizar al lector con el asunto de la *stásis*, caracterizándola metafóricamente como aquella fluidez que siempre se ha querido entender como ajena a la solidez, aunque en verdad podría entenderse como la arena que muestra que en definitiva no hay piedra alguna de sustento para el edificio de la política. Con tal figurada semblanza ya resulta posible adentrarse con seguridad en los intrincados meandros del texto siguiente. Serán entonces las

vicisitudes de la guerra, su dimensión trágica, las que anuncien el desfondamiento sin reversión en el que la política finalmente va a extraviar su camino, tal como luego Arancibia se esforzará por dejarlo pormenorizadamente en claro mediante un exhaustivo trabajo de investigación bibliográfica y un rigor analítico de nivel superior, lo que me hace muy difícil poder reseñarlo o comentarlo con toda la justicia que merece en las escasas líneas de las que dispongo acá.

De hecho, según se señala en el texto, ya desde una raigambre incluso etimológica resulta posible avizorar las relaciones de proximidad que en el contexto de la cultura griega se establecen entre la guerra y la política; sobre todo, en tanto *pólemos* y *stásis* –los dos artefactos conceptuales que dan su título a la obra– llegan a resonar en tal cercanía y parentesco que luego de entenderlo no parece quedar manera de disentir en cuanto a que sea la pura beligerancia la condición trascendental del devenir y la “dramaturgia histórico-política” (p. 366), para decirlo con una de las expresiones favoritas del propio Arancibia; a quien le va a inquietar desde un comienzo el inexplicable gesto elusivo por medio del cual se ha invisibilizado esta relación constitutiva y a lo largo de la historia se ha llegado a pensar de manera escandida a ambos términos, disolviéndose aparentemente su intrínseco vínculo en el relato histórico y filosófico de la metafísica tradicional. O, lo que es más, o incluso peor –y aquí se nos aparece el tono autoral más comprometido y militante de Juan Pablo Arancibia–, es que, oscilando entre el entusiasmo y la hipocresía, se haya banalizado de tan grave manera la temática de la guerra como para que finalmente, en nuestro tiempo, se haga apología, e incluso espectáculo de ella, como a menudo hoy lo debemos tolerar en la información pública.

Ahora, semejante prurito de nuestro autor no es arbitrario ni voluntarioso, por cierto. Obedece, principalmente, al hecho de que el esfuerzo teórico de su libro avanzará con decisión a demostrar que, desde el amanecer de la comunidad griega, guerra y política se advertirían

fundidas ante la mirada del genealogista y solo por efecto de una deformación moderna del análisis histórico se habrían llegado a percibir posteriormente en su absoluta disyunción. En la comprensión griega, el orden universal –la naturaleza misma, digamos– habría estado transido por tal estatuto litigioso, el del *pólemos*, a partir del cual devendría, aunque solo en segundo término, su expresión histórica; o su materialización en cuanto horizonte de despliegue de la actividad contingente de la *pólis*, es decir, la política.

El examen del discurso historiográfico de Tucídides bien opera en este libro como una contundente ejemplificación de lo señalado. Entre fuerza y discurso, entre la acción en la batalla y la participación en la asamblea no habría necesariamente una separación –se dice, en consonancia con el historiador griego–, sino un vínculo orgánico y consustancial. El discurso de Tucídides, luego, no sería simplemente una escenificación narrativa historiográfica, sino que expresaría la configuración de un tipo de racionalidad política epocal plenamente consciente y cualificada a partir de la comprensión del lenguaje en tanto potencia logística. El despliegue del discurso como acción beligerante y agonista, elocuentemente estructurado y abastecido de recursos orientados a derrotar argumentalmente al oponente, adquirirá una condición isomórfica respecto del carácter bélico más identitario de los griegos.

La clave de la demostración recién señalada la otorgará el muy pertinente respaldo documental en el que el libro del profesor Arancibia ha buscado cobijo para sus asertos. Y no es solo el vastísimo corpus de la literatura antigua sobre el que asienta su reflexión –que describiendo un arco histórico gigantesco recorre detalladamente desde el protomundo homérico hasta la expresión estética, filosófica y política más consumada del mundo clásico– sino que también el recurso al texto especializado – que en este caso está representado por la referencia a los más conspicuos

e insignes antigüistas modernos y contemporáneos– será lo que sostenga con firmeza y verosimilitud las tesis centrales de este escrito.

En este punto, quizás valga la pena reparar en un detalle referido a la construcción misma del libro. Avanzado su desarrollo, Arancibia focaliza tres problemas filosófico-políticos a los que califica de fundamentales y que dicen relación con la relevante importancia que los tragediógrafos clásicos (Esquilo, Sófocles, Eurípides) le habrían asignado al nexo entre *pólemos* y *stásis*. No obstante, Juan Pablo Arancibia decide limitar la enunciación de este hecho en particular tan solo a la expresión preliminar del mencionado vínculo, señalando que de semejantes problemas ya se habría ocupado en profundidad en un trabajo similar suyo y cuyo nombre sería *Problemas filosóficos de la Guerra*; cuestión que no deja de resultar sorprendente pues revela que el alcance de su investigación trasciende con creces las fronteras de la presente obra, la que ya bien puede considerarse de una tremenda envergadura. Los problemas allí considerados corresponderían, según él afirma, al reexamen de las relaciones entre la guerra y la política, revisando concomitantemente los vínculos entre *stásis* y democracia, para concebir de manera crítica lo que definirá como una “ontología del presente” (p. 342). Habrá que conocerla en algún momento también.

De particular interés político para nuestro tiempo resultan ser estas últimas consideraciones debido a que por lo visto inducen a evaluar el hecho mismo de la guerra al modo de una “calamidad eficiente”, como él la califica. Y que cierta y claramente sería también constitutiva, además de representativa, del orden tecnocapitalista avanzado. Se va trazando de tal manera un arco histórico monumental que ordena, al modo de una potente hipótesis de trabajo, la idea de que el proceso de emergencia y consolidación de la democracia ateniense, en tanto dispositivo bélico-político –donde *stásis* y *pólemos* se ven reunidas–, constituiría solo el punto de partida de una racionalidad histórico-filosófica cuyas trazas de

continuidad, efectos o consecuencias, recorrerían de manera interminable los caminos de la historia, llegando incluso hasta nuestros días. Con ello, Arancibia nos induce sagazmente a tener que admitir que guerra y política no se localizan en las antípodas, como a veces queremos entender, sino que parece más preciso considerar su indiscernible articulación según el registro de una verdadera “ontología de la contrariedad” (p. 103).

Una prueba indesmentible de aquello sería el hecho de que a partir del surgimiento de la *pólis* griega, luego con el advenimiento del imperio democrático ateniense y hasta el momento mismo de su deflación y desmoronamiento, los griegos nunca habrían cejado en su empeño por tramitar relaciones de hostilidad bélica. Y replicando dichos del eminente historiador y profesor de Cambridge, Moses Israel Finley –una de las principales autoridades de nuestro tiempo respecto del mundo antiguo–, Arancibia sostiene que la guerra sería un instrumento ordinario de la política al que los griegos a menudo recurrían y del que habrían hecho una costumbre. “Para los griegos de la época clásica la guerra es natural” refuerza Arancibia (p. 28), citando textualmente a Jean Pierre Vernant, un inspirador clave de su investigación.

De tal manera, la irrupción y la amalgama de las figuras del ciudadano y el soldado resultarían ser el suelo nutricio del que se alimentaba la experiencia democrática griega en la antigüedad. Trataríase, en tal caso, de un acontecimiento histórico en el que se imbricaban de manera indiscernible el discurso (λόγος) y la fuerza (κράτος), la palabra (λόγος) y la violencia (βία); vale decir, la guerra (πόλεμος) y la política (πολιτεία-τὰ πολιτικά). La *pólis* democrática nunca estuvo eximida del recurso a la fuerza; más bien dio lugar a la configuración de toda una “economía política de la violencia” (p. 144), en cuyo centro yacía incólume el lenguaje. No es otra la razón, entonces, por la que se atribuía a la valentía y el coraje demostrados en la guerra por el guerrero el carácter

de patrimonio simbólico ciudadano. Por ello –según se arriesga a sostener el profesor Arancibia– la creación e instalación de una ciudad implicaba siempre una fusión de factores económicos, religiosos, culturales, políticos y militares, todos los que estaban esencialmente definidos por una racionalidad bélico-política ancestral cuya proyección era siempre la de la guerra total, en tanto nada referido a la vida aparecía como excluido de ella, porque incluso hasta los dioses participaban de la batalla. Así sería, por tanto, como compartirían un destino trágico común el héroe, cual figura mítica; el ciudadano de la democracia, por su voluntad política de sujeto histórico; y la propia ciudad, en tanto expresión orgánica de la comunidad política.

Creo que este libro es en último término tremendamente elocuente respecto de su mensaje residual, ese otro más doctrinario y personal que subyace a lo explícitamente denotado en la objetividad de sus páginas y su notable científicidad. En diversos pasajes y de diversa manera, Arancibia nos invita a compartir su sentimiento de extrañeza ante esa palabra que él asegura nos interpela desde el tiempo más lejano y nos asedia con aquellos signos impronunciables e ininteligibles con los que el pasado nos reclama, notifica y nos visita, en medio de nuestra más presente actualidad. Hay, sin duda –confía él– algo irreductible e imperecedero que se sostiene allí, que está dicho en lo no dicho, algo que cruza la eternidad y llega hasta nosotros recobrando vigencia y reclamando nuestra atención. Presumo –muy temerariamente, por cierto– que acicateado por tal escozor va canalizando su indagación hacia una suerte de segundo momento tético de la obra, donde tematiza y fundamenta lo que a su parecer constituiría la conjunción entre las figuras del héroe trágico y el sujeto histórico; dos entidades conceptuales cuyo origen léxico es evidentemente disímil, aunque, *mutatis mutandis*, para Arancibia pueden perfectamente bien emparentarse y dar lugar a un diálogo, pese a pertenecer a universos semánticos tan distantes y

diferentes. El punto de sutura estaría dado, a su juicio, por un conjunto de caracteres inherentes a ambos que terminarían vinculándolos, según nos lo quiere mostrar. Sus vidas aherrojadas, ultrajadas, arruinadas, sus aciagas experiencias, serían aquello que la tragedia y la historia narrarían de manera común y por lo cual se podría postular su proximidad. Ello, quedaría refrendado muy claramente en la significativa y creciente relevancia que en la filosofía moderna y contemporánea se le ha venido asignando a la relación entre lo trágico y lo político, una cuestión que, por cierto, en el texto se esgrime como una prueba de validación indirecta de lo sostenido. “La lengua de «lo trágico», entendida ésta como aquella categoría analítica y filosófica, que si bien, guarda estrecha relación con el imaginario literario y teatral del campo simbólico en el cual se origina, al mismo tiempo le excede y trasciende, toda vez, que «lo trágico» se torna un vocablo y categoría expresiva para referir al quehacer histórico-político en que se desenvuelven las sociedades humanas” nos dice nuestro autor (p. 255).

Ya para concluir, creo que solo falta por decir que, según mi parecer, lo anterior operaría como el gozne a partir del cual se justifica el giro final de la obra, ese momento en el que sutilmente se va invitar al lector a adherir a la propuesta de un particular ejercicio reflexivo consistente en pensar lo ya pensado y ya resuelto respecto de nuestra habitual y naturalizada disyunción de guerra y política, denunciando al dispositivo normativo que ha entronizado tal escisión solo para administrar hipócritamente, mediante una enmascarada funcionalidad bélico-política, el orden mundial, tal como hacen los estados modernos a través de sus políticas imperiales. Semejante condición de beligerancia alcanzaría incluso, según afirma Arancibia, al modo de una creciente *stásis*, al plano de las disputas de poder internas de cada comunidad política. Ciertamente, huelgan las ilustraciones para el caso en nuestros tiempos.

Habida cuenta de todo ello, solo queda inferir que la idea de guerra no se recluye nunca en su comprensión más convencional, aquella que refiere al aparato táctico y estratégico de la estructura militar formal o la expresión institucional de un ejército; sino que más bien, y lo cito nuevamente: “conciérne a un tramado complejo y dinámico de relaciones de fuerzas, agentes, mecanismos, medios, tecnologías, prácticas, acciones, organismos y procedimientos, sistemáticamente organizados bajo una lógica de enfrentamiento, cuyas posibilidades, variables, dinámicas, registros e intensidades son de inmensa amplitud” (p. 346).

No deja de hacernos sentir al borde del abismo la lectura detenida de los párrafos finales de este magnífico libro. Arancibia nos advierte con sabia pero inmisericorde crudeza que la guerra nos acompaña desde hace siglos y que ha sido declarada y desatada por los poderes y codicias voraces de los grandes imperios; que no hay salida alguna porque las guerras por venir ya se encuentran en curso. Baste pensar para entenderlo que los afanes insaciables de dominación de los poderosos no tienen límite y los impondrán, como lo han hecho siempre, a sangre y fuego. Será entonces este devenir histórico, irredimible y fatal de la democracia –la clásica y la moderno/contemporánea– el que deje en evidencia, de manera cada vez palmaria y creciente, su propio nudo trágico. Quizás sea por ello que Juan Pablo Arancibia termine instándonos a buscar incesantemente “la posibilidad de pensar otra política” (p. 347).

“Caído a la embriaguez de su exultante señorío, deviene ciudadano de la ruina, escombrado en las tribulaciones de la guerra y la penuria. Así, *trágicamente habita el hombre en la tierra*” (p. 369) serán las últimas y estremecedoras palabras de una obra magnífica que me complazco de haber conocido y agradezco muy sentidamente haber tenido la oportunidad de reseñar.